

que le ofendisteis, alanceásteis su enamorado corazón, atrevidos á su difunto pecho; y así como á los clavos y á los demás instrumentos de su pasión llama su esposa dulces y dura solo á la lanza, por haberle herido muerto, así habeis de pensar cuánta crueldad fué la vuestra, pues muerto en una cruz por mí, le habeis herido.

¡Ay Dios! quién hubiera tenido esta consideración al tiempo de ofenderos, dulcísimo Jesús, pues si os imaginara muerto por mí en esa cama de la cruz, no es posible que añadiera heridas con mis culpas á las muchas que viera en

Vos, ni osara dáros las muerto, que aun en las leyes humanas de la honra y valentía de los hombres, fuera nota de infamia.

Mas ya, Señor, mis ojos lloran mis ignorancias, doblando su sentimiento el ver que Vos rogais por ellos, pues entro yo en el número de los que os pusieron en la cruz, que si pecados fueron ¿quién tiene tantos como yo? Ya, Señor, los anegan dos profundos mares de lágrimas, porque unas veces lloran de la amargura de mis pecados, y otras de la dulzura de vuestro amor.

Pero, luz amorosa de mi alma, tam-

bien conozco que les debo lo que lloran, pues si mirando os ofendieron, llorando pagan lo que miraron. Pero ¿cómo podrán pagar lo que resultó del ver, pues fueron ofensas vuestras?

Dulce cosa es llorar: ¡oh qué contenta queda el alma de haber llorado! Mas, Señor, llorar por satisfaccion de los pecados, fuera de ser justo, ya tiene el interés de conquistar el perdon: que las lágrimas, ¿qué no alcanzan de Vos? y como para Vos no hay sacrificio como el de un corazon humillado, y no tienen los hombres que daros que Vos hayais menester, respecto del bien que Vos les

deseais, es gran dádiva para Vos las lágrimas. Dádivas quebrantan peñas; piedra sois Vos, ¿quién duda que os enterneceis?

Bien sabíais, Rey mio, lo que puede el dar, pues por obligar al hombre os dísteis hombre y vuestro Padre os dió á Vos por el hombre; y tantos artificios de dar habeis buscado, que hasta daros en manjar no paró vuestro amor, contento de que ya no le quedaba que dar; en fin, lágrimas es gran cosa para Vos: Real condicion teneis, perdonais rendidos, y debelais sobervios. Pues yo os prometo, Señor, que con importarme tanto el llo-

rar por mis pecados, me sabe mucho mas el llorar enamorado de Vos; pero tambien nace este amor de lo que habeis padecido por mí, y de lo que me habeis sufrido: así que llorando porque os amo, lloro tambien porque os ofendí: y me pesa, dulce Señor mio, de no tener gran caudal para llorar, ya con el pesar de ofenderos, ya con el placer de amaros.

¡Oh quién pusiera en mi cabeza un Occéano, y en mis ojos unas perennes fuentes!

Mas ya, mi Dios, las hallan mis deseos en esos piés y manos, porque el mar de vuestra pasion me ha convertido en

mar de lágrimas: que no sé yo qué piedra tan dura en el desierto de mi pecho tocára la virtud de la vara de vuestra cruz, que no la convirtiera en fuente.

Unos hombres hay en la estrema parte de la India, de quien se escribe, que se sustentan de solo el olor de las flores, y viven sin otro sustento entre aquellos prados aromáticos, cuya fragancia los vivifica y fortalece. ¡Ay mi Dios! quién viviera de solo el llanto y este fuera solo su pan, como David decia; y cuando por la falta de humor quedára sin tener que llorar, como se llora naturalmente desde el alma á los ojos, llo-

rára yo desde los ojos al alma; mas ya he pensado, divina hermosura, gloria de los cielos y alegría de la tierra, que la mejor coyuntura para llorar es veros descoyuntado en esa cruz, gran materia de llanto para mis duros ojos, pues que lo fué para las piedras; por cuyo ejemplo no puede humana dureza escusarse de llorar, pues cuando yo quisiese decir:— Señor mio, no puedo, aunque solicito mi alma y prevengo al llanto mis ojos, verter las lágrimas que deseo,—me dirán las piedras que es mentira; pues con serlo ellas se enternecieron cuando espirásteis y lloraron vuestra muerte.

¡Ay centro de mis deseos, si os amára yo al paso que os ofendí! ellos dicen que sí, y mis pecados dicen que no: porque les parece á ellos y paréceles bien, que es imposible llorar lo que fué posible ofender, porque la ofensa, Señor, viene á ser infinita, respecto de ser infinito el ofendido; mas ¡ay Dios! ¡si me pudiese yo consolar con que tambien es el llanto por Vos! pero siendo yo mortal y tan breves mis días, ¿cómo será inmortal mi llanto? pero siendo tanta pena el perderos y vivir en eterna privacion de vuestra santísima cara, y tanta gloria el gozaros y vivir en eterna fruicion de vues-

tra divina esencia, ¿cómo, bien y Señor mío, no supe yo quereros cuando supe imaginaros perdido y ganado? perdido por mis pecados de mi vista; y ganado por vuestra gracia de mi alma para siempre en la bienaventurada compañía de los que os gozan.

¡Oh gloria singular de mis esperanzas, esfera del fuego de mi amor y blanco de mis suspiros! ¿Cómo fué tanta mi ignorancia, que trocase un bien tan firme por las vanas esperanzas de la tierra, idolatría de los mortales hombres? ¿Qué me prometía el mundo sin Vos ó qué me dió jamás, que estando presente no me pare-

ciese pasado por la brevedad que tuvo? ¡Qué engañosos deleites! ¡qué grandes en la imaginacion! ¡qué pequeños en el efecto! Gigantes parecen á la idea del miserable entendimiento que los fabrica; pero llegados á tocar con las manos son vanas sombras, sueños fantásticos, oro de alquimia, cometas breves, flores efímeras, que al alba salen, al medio día se estienden y á la noche están marchitos; y eso mismo es el hombre: toda la vida es un día; amanece en la niñez, resplandece en la juventud, y en la vejez cierra las hojas de su flor; por eso se daba prisa al perdon aquel inmortal ejem-

plo de paciencia, porque temia que si os tardábais en buscarle, por ventura no le hallaríais.

¡Ay, Señor! ¿en qué pensé cuando dilaté el buscaros? ¿qué confianza fué la mía? ¿qué privilegio de exención me dió la muerte? ¿no sabia yo que el morir una vez era eterno estatuto y estipendio del pecado? ¿cómo viví? ¿qué contento fué el mio? ¿cómo hablé? ¿qué palabras libres osé decir? ¿cómo guardé vuestros mandamientos? ¿qué seguridad me dieron sus trasgresiones? Vos no perdonásteis al ángel criado en tanta belleza, ni al hombre que fabricaron vuestras manos á vuestra

imágen; pues si á la criatura intelectual no perdonásteis y á la humana echásteis del Paraiso, fábrica de vuestras manos eternas, arquitectura única y cifra de los dos mundos en alma y cuerpo, pesándoos de haberle hecho, ¿cómo yo, Señor mio, no temblé en su ejemplo y en tantos, que las divinas y humanas historias me enseñaron?

Mas ya, piedad inmensa y bondad suma, que he llegado á conocer mi error y vuestra misericordia, no me desamparéis; dadme esa mano divina, que me levante y vereis cuanto luce vuestra misericordia en mí, que os prometo que no

haya alma tan apartada de Vos que no se llegue y reduzca, viendo que á la cosa mas perdida que soy yo, volveis esa divina cara: apartadla mi buen Jesús, de mis pecados, borrad mis iniquidades, y ponedla en vuestra cruz, que si ella está de por medio ciertas son las amistades; pues si Vos quereis que me pese mucho de haberos ofendido, ya me pesa, Señor, echadme vuestra bendicion, que no me dejan las lágrimas pasar de aqui.

SOLILOQUIO SÉTIMO.